

## LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA EN EL SIGLO XXI: TENSIONES ENTRE UTOPIA Y REALIDAD<sup>(1)</sup>

Elio Fabio Gutiérrez Ruiz

Profesor Universidad del Cauca

Diana Lago de Vergara

Profesora Universidad de Cartagena

### Resumen

*Desde la época del descubrimiento y de la conquista colombiana se ha debatido entre ilusiones, utopías, espejismos y duras realidades. En estas épocas de crisis de la nación, es necesario preguntarse qué puede hacer la universidad. ¿Cómo contribuir a la formación de una cultura ciudadana que nos permita vivir en paz?. Es indispensable que la educación fomente la esperanza, el sentido de compromiso, los sueños y la sensibilidad frente a las injusticias. Sin embargo, constatamos las dificultades para el acceso a la educación superior, sus altos costos, el crecimiento del desempleo. Todas estas dificultades implican una nueva formación para el trabajo y la cultura.*

### Palabras claves:

Universidad, educación

### Abstract

*From the discovery time and colombian conquer it has been debated between*

*illusions, utopies, mirages, and strong realities. On those times of nation crisis that's necessary to ask what the university can do. How to contribute to the formation of a citizen culture to allow us to live in peace? It is indispensable that education promote hopeness, the feeling of compromising, the dreams and sensibility in front of anything out of law. However, it is in proved the difficulties to the acces to the higher education, its high amounts, the increasing of unemployment. All those difficulties imply a new formation to the work and culture.*

**Key words:**

University, Education.

## 1. Paradojas de la memoria

En la construcción de nuestra identidad cultural y en el desarrollo institucional, contextos de la universidad, han influido nuestras acciones y omisiones, también algunas actitudes de interlocutores que parecerían empecinados en convencernos de cierto atavismo y en reforzar impacencias y desesperanzas; responsabilidad nos recae a los académicos por escasas reacciones a tales propósitos. Al respecto, la historia revela múltiples paradojas. El cansancio por el extenuante viaje de continente a continente y la alucinación que les produjera el jugueteo del sol sobre las más altas crestas de la Sierra Nevada de Santa Marta, por ejemplo, hicieron creer a los primeros visitantes europeos<sup>(2)</sup> que ya estaban próximos a tocar tierra firme, hazaña que sólo sería alcanzada tres días después; como ellos, también los universitarios colombianos, a lo largo de nuestra historia, hemos tenido alucinaciones semejantes, que sin embargo no han servido para escarmentar lo suficiente. El relajamiento prematuro por la errónea sensación de haber alcanzado ya una meta, cuando en realidad sólo estaban muy cerca de ella, estuvo a punto de echarlo todo a perder. Por no advertir bien espejismos y opacidades ineludibles en la comprensión de toda realidad, siglos más tarde, incluso en la propia universidad, aquellas sorprendentes impresiones de aparente cercanía, continúan sin ser descifradas; se oye repetir a los nativos que las cumbres gozan de embrujos protectores contra renunciaciones a que aboca la impaciencia y contra desfrenos de la civilización. Sabia y oportunamente, los indios occidentales, denominados en principio de esa manera, por simple extravío de los navegantes, insistieron ante éstos en la conveniencia de contemplar el mito como marco interpretativo de la realidad, como referente para la acción humana. Torpemente, todavía hoy, ciertas posiciones sobre la ciencia, la tecnología y la cultura, insisten en justificar inconvenientes sorderas ante semejante prudencia; por ello, hemos pretendido construir universidad apelando a lógicas que más bien la niegan. El objetivismo ingenuo, la impaciencia por encontrar significados contundentes y caminos únicos, así como la lógica formal, y una particular manera de entender lo práctico como acción inmediateista y de carácter instrumental, se refuerzan a diario en nuestra academia y continúan signando nuestras percepciones de realidad, mientras al mismo tiempo desvirtúan esfuerzos en procura de consolidar una universidad con rasgos razonablemente pro-



pios.

Aquellas míticas versiones sobre el espejismo de las cercanías, desencadenaron inocultable hilaridad, pues los precursores de nuestro diálogo con el viejo mundo, tal como hoy sigue ocurriendo con frecuencia, incluso en los propios círculos académicos, estaban casi seguros de que tan simples explicaciones revelaban precariedades culturales que a primera vista parecían coincidir con evidentes muestras de atraso, que en sentido estricto no eran tales, sino más bien el espurio producto de comparar dos mundos tan diferentes, recurriendo a caprichosos parámetros. Tuvieron que transcurrir casi 500 años para que se admitiera un poco más, aunque no suficientemente, que el mito es forma particular de explicar el mundo<sup>(3)</sup> y que el insospechado embrujo protector de la naturaleza y la cultura, al igual que otros marcos interpretativos poco convencionales, constituye perspectiva válida y promisoría para comprendernos y relacionarnos mejor. Lamentablemente, la torpeza de ignorar y mancillar tal perspectiva en sus diversas versiones, por ejemplo, costó en Colombia por las avalanchas de Armero y del Río Paéz, en el transcurso de apenas 15 años, más de 40.000 víctimas humanas y una tragedia social de tan compleja magnitud, que aún no comprendemos ni superamos. Grave defecto aquel de tratar de explicarnos recurriendo solamente a marcos interpretativos que no reflejan en la cultura con suficiente nitidez nuestros rostros. No podía ser de otra forma: esto ha traído sus negativas consecuencias, no solo para el proyecto universitario sino para la sociedad en su conjunto.

La parálisis paradigmática es evidente. En la universidad colombiana todavía no hemos apropiado suficientemente la cultura como elemento sustantivo de nuestro ser y por esto hemos pretendido actuar directamente sobre nuestra compleja realidad sin mediación simbólica; al omitir de esa manera un rasgo fundamental del verdadero pensar, convivimos con muchas tragedias, que pareciéramos no advertir aunque éstas generen más víctimas que los desastres naturales y las enfermedades de la miseria juntas. Impotente ha sido nuestra universidad para la urgente empresa de la comprensión y la prospectiva; más fértil parece, en cambio, para la consolidación de la racionalidad instrumental o para los aprendizajes de la imitación o del silencio inoportuno. Trágico, por ejemplo, ha sido para nuestra sociedad y para sus encontradas fuerzas no haber podido advertir los signos y las racionalidades de los nuevos tiempos y de nuestras raíces; daño irreparable ocasiona nuestra incompetencia para captar, ya sean expresiones de nuestra realidad, signadas por insospechados potenciales del más diverso tipo o por particularidades a las que tenemos legítimo derecho, ya sean asomos de una real viabilidad histórica que ineludiblemente sólo a nosotros, y especialmente a nuestra universidad, compete descifrar y desencadenar. Trágico también ha sido que no podamos diferenciar razonablemente, ni tender puentes esperanzadores entre utopía y realidad. Pese a que los universitarios creemos estar trabajando correctamente con el conocimiento, a que desde la universidad tenemos la sensación de estar conectados al universo de la cultura, todavía no hemos aprendido bien el arte de soñar ni la virtud del compromiso apoyándonos en el trabajo; no hemos aprendido aún a construir horizontes que hermanen a estas dos humanas vocaciones. Como

consecuencia, atónitos hemos deambulado un tanto vergonzantes en la cultura y en la historia, al vaivén de una tras otra tormenta, resignando casi siempre nuestra suerte al atavismo, no obstante profesar tanta esperanza en el poder esclarecedor y constitutivo de la ciencia<sup>(4)</sup>. Como casi ningún otro pueblo, los colombianos nos hemos privado del disfrute a plenitud de aguas tranquilas y de horizontes promisorios, porque casi siempre unas y otros nos han sorprendido en el sopor de la resignación, cuando no, en estertores de agonías imaginarias o extemporáneas; paradojas de la memoria colectiva, al fin y al cabo.

## 2. Universidad y resignificación histórica

Ni nuestro país ni nuestra universidad pueden seguir así por más tiempo<sup>(5)</sup>, con tan excesiva timidez e indecisión, con chispazos esporádicos, dependiendo del azar, resignando aspiraciones de ser interlocutores válidos en un mundo globalizado y complejo, impotentes para comprenderse e intentarse, aplazando la utopía de poder crecer a ritmo propio o derrumbándose sin saberlo. Es hora, en consecuencia, de despertarnos del letargo, de asumirnos vigilantes con plena conciencia y de tratar de percibir y construir nuestra realidad desde nuestras propias condiciones y necesidades, desde nuevas perspectivas y responsabilidades. Esta es una empresa que debe convocar a todos los ciudadanos, pero que, desde luego, sugiere pertinencias y responsabilidades específicas: compromete, más que a nadie a todos los académicos, intelectuales, científicos, artistas, a los cultores de las más diversas formas del ingenio humano; a los soñadores, tanto como a los gestores y realizadores, porque la universidad tiene que ser, ante todo, una institución en la sociedad, en la cultura y en la historia, y en ellas tiene que asumirse e intentarse, siempre rehaciéndose, siempre rehaciéndolas. Por eso, en el proceso de búsqueda de su propio horizonte y en su obligada y universal interlocución, debe, entonces, aprender los insospechados códigos de nuevas hermenéuticas. Así tiene que ocurrir en los campos de la ciencia, la filosofía, la técnica, las humanidades, el arte o la tecnología. No puede nuestro sistema de educación superior, como le ha ocurrido a nuestro proyecto de nación, seguir siendo apenas eco de voces ajenas, balbuceo de racionalidades parciales, como tampoco Torre de Babel, producto de fundamentalismos excluyentes que pugnan irracionalmente por su hegemonía, asumiendo a nombre de verdades oficiales como premisa principal, la legítima y necesaria eliminación del contrario<sup>(6)</sup>, lo cual no sólo constituye un grave error epistemológico, sino también un inconveniente obstáculo para la convivencia democrática.

## 3. Hacia la participación en un diálogo complejo con voz propia

Compete con urgencia a la universidad colombiana del nuevo siglo, repensarse, reintentarse superando reduccionismos como el de la racionalidad instrumental, la modernidad occidentalista, el industrialismo leonino y deshumanizante, la particularidad esquizoide o la inequidad mal disimulada tanto por la apología de la libertad



infundada como por la falacia del mercado<sup>(7)</sup>.

El cuestionamiento y superación de estos y otros reduccionismos implican la necesidad de romper múltiples dependencias y modelos; es ésta la única posibilidad de que la universidad colombiana efectivamente luche por encontrarse a sí misma, mientras simultáneamente contribuye a la construcción de un contexto democrático en el que ella sea posible, a la interlocución universal en la cultura y al afianzamiento de renovadas maneras de entender, constituir y ejercer las profesiones, procurando que éstas respondan mejor a su propia naturaleza, a nuestras condiciones materiales y culturales de existencia, a nuestros procesos, necesidades y perspectivas históricas.

Sí. Así en esta visión de conjunto y en ese estricto orden de prioridades y no en otro. El núcleo de la presente ponencia supone primero, la construcción de la nación desde una convivencia auténticamente democrática, desde la búsqueda y sustentación de una coexistencia civilizada, valga decir, en auténtica ciudadanía. Primero la utopía de creer que nuestra propia existencia y que la existencia de la universidad son posibles, como realización del sueño irrenunciable de poder vivir con un decoro propio de lo humano, lo cuál ubica el problema universitario en los campos de la ética y la política. Todo esto representa complejas contradicciones y tensiones entre utopía y realidad. Pero también, todo esto supone el reconfortante reto de dar nuevos sentidos al trabajo académico cotidiano, a la vivencia en la institución; a la manera como los universitarios tendríamos que relacionarnos si persiguiéramos fines auténticamente formativos; a la manera de investigar, de recrear el conocimiento, de generarlo y aplicarlo; a las distintas opciones que podríamos tener de entendernos a través de disímiles lógicas y lenguajes; a la urgencia del sueño de recuperar la esperanza desde el esfuerzo sostenido en todas las cotidianidades universitarias, desde el diálogo incesante con las comunidades, con las más diversas expresiones de la cultura y con realidades y paradigmas diferentes a nosotros, tan legítimos éstos como nosotros, pero a la vez tan perfectibles como nosotros mismos. Todo esto resume la vocación de ser; desde luego, ampliamente entre otros; con ellos. Pero, claro que también supone una premisa fundamental: ser, auténticamente y primero, nosotros mismos, para poder ser universales luego; aspirar a vivir en democracia ejerciéndola en nuestras prácticas pedagógicas y en todos nuestros espacios vitales.

Nada de originales tienen estas iniciativas que reiteramos en la presente ponencia. Si, mucho de promisorias y de complejas. Porque ha de ser claro que proclamar un mundo más humanizado, que soñar con la validez del reconocimiento en la diferencia y de la posibilidad de ser en el contexto de la ecuanimidad y la justicia como argumento que contradiga las leyes del mercado, del capitalismo salvaje, de los indicadores sesgados y tautológicos del desarrollo, pensados no para problematizar sino para legitimar el atraso y la pobreza, nada de esto es fácil. Es ir utópica y terca-mente en contravía de muchos, incluso de las políticas de financiamiento de la uni-

versidad pública<sup>(8)</sup>. No obstante, tal designio resulta irrenunciable. Válido y urgente resulta recuperar nuestro derecho a la utopía, desde luego, nuestro derecho a una utopía que debe intentarse y rehacerse en el esfuerzo constante y en el diálogo siempre abierto y no en la ingenua ensoñación de los universitarios.

Transitando caminos de auténticas búsquedas, Carpentier y García Márquez consolidaron no hace mucho como boom de la novelística latinoamericana el denominado realismo mágico: inicialmente recurso literario y posteriormente marco interpretativo, que todo intento científico y cultural auténtico debería potenciar, ya que ha tratado de hacer creíble una realidad cultural y natural que desborda sorprendentemente múltiples racionalidades y paradigmas. Sin embargo, para muchos, tal perspectiva no ha representado más que la caricatura simpática de un mundo en el fondo desgarrador, intencional exageración de una realidad particularmente compleja y pobre, o proyección de un infundado deseo de ser diferentes. Algunos de nuestros estudiosos, apenas ahora comienzan a admitir que perspectivas como el realismo mágico o como otras no expresables necesariamente sólo en cifras estadísticas ni reducibles a categorías convencionales o a modelos matemáticos, hoy tienen plena validez, más cuando se trata de comprender la realidad desde multiplicidad de códigos y claves de lectura. Hay quienes pensamos que esas perspectivas cualitativas no sólo son admisibles sino indispensables. La controversia no se saldrá fácilmente. Pigaffeta<sup>(9)</sup>, habiendo sido ingenuamente objetivo, siglos antes, y para nuestra desgracia, tuvo mucha menor credibilidad que los connotados cronistas del Caribe. Las precursoras descripciones que el italiano hiciera de nuestra fauna, de nuestra flora y de algunas formas particulares de vida, fueron atribuidas a alucinaciones producidas por las inclementes temperaturas y humedades de la zona tórrida, como también a la sensación de desamparo que se intuye, pudo haber experimentado al sentirse tan lejos de la autodenominada civilización de entonces; sus relatos jamás se tomaron como lo que en realidad son: una literal descripción de un extraño pero constatable universo.

Poco ha cambiado la forma como hemos aparecido ante el mundo: como una narración increíble, desvirtuada, además, por inocultables afanes de legitimar a costa nuestra no pocas sinrazones de otros. Entonces, no sólo hemos tenido que tratar de comprender y de resolver nuestra propia y dura realidad, de hacernos creíbles ante el mundo, sino y ante todo, de hacernos creíbles ante nosotros mismos, tarea que parece la más compleja de todas y que la universidad nuestra todavía no ha asumido como tendría que ser inherente a su naturaleza y a su momento histórico.

#### **4. Universidad y sociedad: claves para nuevas lecturas y acciones**

Con no pocas imprecisiones y, desde luego, no exentos de sesgos, viajeros y estudiosos de nuestra realidad han coincidido en que Colombia dispone de suficientes recursos y condiciones para ser una nación viable<sup>(10)</sup>. Estas percepciones han generado una insoslayable paradoja: ricos en potencialidades pero incapaces de aprovecharlas para



vivir mejor. ¿Cómo descifrar y superar entonces esa paradoja?

**Diana Lago:**

El asunto es complejo y sería indispensable recurrir a explicaciones diferentes a las que hasta hoy han predominado; tendríamos que privilegiar aquellas explicaciones que favorezcan visiones de futuro, actitudes optimistas y de verdadero compromiso: nuestra crisis generalizada es real pero superable; las cosas no son así porque hayamos estado predestinados a que ocurran de esta o aquella manera, sino porque cultural y socialmente las hemos hecho posibles, hemos ayudado a que ocurran. Siempre los nudos tendrán que deshacerse de la misma forma como fueron hechos, dice la sabiduría popular.

**Elio Fabio Gutiérrez:**

Interesante perspectiva. ¿Podrías concretarla un poco?

**Diana Lago:**

Estudiosos y viajeros, es cierto, han resaltado nuestro inmenso potencial de recursos: agua, clima, oro, plata y otros minerales; recursos de fauna y flora, diversas fuentes energéticas. Sin embargo, tendría que considerarse que parte de la génesis de nuestra crisis actual es que para nuestro desarrollo hemos contado más con los recursos de la naturaleza que con la valoración de los grupos humanos. Es decir, en la educación en general, pero sobre todo en la universidad, hemos partido de visiones economistas y tecnologizantes, cuando tendríamos que habernos centrado en la cultura y en la sociedad, en el problema fundamental de las mentalidades. Por esta vía hemos errado en las apuestas sobre nuestro futuro. El problema central del desarrollo no consiste, en estricto sentido, en obtener el mayor provecho de los recursos, en términos de ganancias o ni siquiera en términos de redistribución democrática, sino en descubrir cómo podría vivirse de mejor manera, en precisar y preservar el significado de una vida de calidad, decorosa y ecuánime; desde luego, con apoyo en la educación, pero no en una educación simplista, como hasta hoy, predominantemente pensada para el empleo o para la consolidación del aparato productivo vigente, sino en una educación que armonice en todas las personas el ser, el sentir, el convivir y el hacer. Esta tendría que ser la tarea formativa de la universidad que se haga posible en su PEI, en su forma de organización y en sus procesos curriculares destinados estos, a su vez, a consolidar comunidades académicas, proyectos universitarios de gran alcance y culturas de formación<sup>(11)</sup>. Si pensamos en desarrollarnos no podemos continuar favoreciendo el surgimiento de profesionales mutilados a quienes poco o nada preocupe el marco cultural de su acción o la convivencia en sociedad, ya que ésta no es simplemente oportunidad de empleo sino responsabilidad de todos.

**Elio Fabio Gutiérrez:**

¿Un problema de filosofía de vida, de cultura, más que un problema de economía?

**Diana Lago:**

Podría ser interpretado así, pero sería mejor que conviniéramos en que se trata de un problema de filosofía de vida, de cultura y de economía con eje de análisis en lo primero. La calidad de vida supone que como ciudadanos decorosamente dispongamos de suficientes y adecuados recursos para solucionar nuestras necesidades básicas, para avanzar como país, lo cual significa más infraestructura productiva, más vías, mejores viviendas y hospitales, mejores comunicaciones y servicios públicos, más fábricas, mayores oportunidades recreativas y de salud, más alimentos. Cuando la universidad define sus programas de formación, de investigación y de proyección social, desde luego, tiene que pensar en todo lo anterior y también tiene que decidir cómo enfocar la academia para promover el ahorro y para participar en la economía regional y mundial con balances positivos. Todas estas son pertinencias a las que se debe responder. Con pequeñas variaciones, hoy todas las universidades tendrían que actuar de una manera bastante parecida. Pero aún siendo todo esto pertinente, apenas representa una base mínima que no alcanzaría por sí misma para constituir universidad. Bien concebidas en función de las anteriores tareas y actuando correctamente, las universidades podrían estar contribuyendo a que lográramos bien todas estas metas; pero si nos contentáramos con esto, únicamente estaríamos asegurando metas de subsistencia social y académica. Y es claro que la aspiración fundamental de un país y de una universidad que en realidad pretenda ser tal, es trascender, no simplemente subsistir. Tomando en consideración la crisis generalizada por la que estamos atravesando, tendría que reconocerse que para Colombia hoy el principal problema ya no es ni siquiera el empleo, la vivienda, el ahorro, el derecho a la educación o la satisfacción de las necesidades sociales básicas, como tampoco los balances favorables del intercambio económico internacional. Se intuye que algo fundamental le hace falta a nuestro sistema universitario nacional, a sus proyectos académicos. En Colombia podríamos llegar a demostrar que superamos exigentes indicadores de desarrollo social, incluidos novedosos indicadores de corte cualitativo; podríamos, incluso en corto tiempo, volver a mostrar que como en décadas anteriores, la economía nacional crece al más alto ritmo de América Latina. ¿Pero de que serviría todo esto si no pudiéramos garantizar el derecho a la vida para todos? ¿Somos acaso conscientes de que desde los inicios de nuestra vida republicana, no hemos conseguido vivir siquiera una sola década sin guerras civiles? ¿Admitimos, acaso, que por eso hasta ahora, pocas vivencias auténticamente democráticas hemos tenido? ¿Nos imaginamos siquiera lo que es una auténtica convivencia en paz? Para nosotros, la paz y la democracia aún dentro de la universidad, lo cual ameritaría investigaciones especiales, son, en estricto sentido, apenas anhelos, imaginarios, no experiencias. Muchos especialistas coinciden en que uno de nuestros mayores problemas es que aún no hemos logrado conformarnos como nación. Pero para ser nación, y más si tal propó-



sito estuviera ligado al porvenir del sistema universitario, no se trataría solamente de superar un problema de integración regional, de dinámicas económicas, sociales, políticas o culturales que sean necesario sincronizar. La democracia, la cultura, el desarrollo científico tecnológico no surgen como expresión mecánica de una sociedad que pudiera constituirse al margen de ellas. Desarrollo y democracia demandan otras claves de lectura y acción.

**Elio Fabio Gutiérrez:**

¿Estas afirmando que para nuestro país y para su sistema universitario el derecho a la vida y la convivencia pacífica tendrían que constituir una prioridad, una urgente utopía con poder desencadenante de otros logros? ¿No es pedirle mucho a una institución cuyo objeto fundamental es el trabajo con el conocimiento?

**Diana Lago:**

Sí, así es. Las dos cosas, sin ambage alguno. Claro que es pedirle algo nuevo a la universidad, lo cual exige replanteamientos de fondo.

**Elio Fabio Gutiérrez:**

Este es un legítimo y trascendente anhelo; una urgente esperanza. Pero para que se cumpliera la universidad tendría, además de cumplir bien las funciones básicas que todos conocemos, que apoyar nuestra capacidad de soñar. Advierto mucha lentitud y aridez en nuestras universidades para la imaginación creadora, para la ciencia y la tecnología, campos que al fin y al cabo posibilitan realizaciones tangibles, constatables en el tiempo y en la atención de necesidades básicas de la sociedad. ¿Cuál no sería la aridez, la inercia para soñar para una transformación de fondo? De otra parte, la realización de todo sueño supone por un lado la comprensión y promoción de su sentido y por otro, su materialización mediante la acción, la ruptura de paradigmas, de condiciones adversas, de tendencias históricas fuertemente arraigadas. Aparece otro problema más: hoy todo ocurre a velocidades vertiginosas en un mundo en extremo complejo, y por eso es cada día más difícil ser oportunamente propositivos. Desde las anteriores consideraciones se desprende una cascada de preguntas; se me ocurren entre otras: ¿Por qué ni el país ni la universidad han logrado ser viables y cómo reenfocar el sentido del proyecto universitario hacia la viabilidad que propones?

**Diana Lago:**

Sería indispensable repensar la misión, la visión, y las prioridades universitarias. Hoy en día, por ejemplo, muy pocos, admitirían poner en duda la necesidad de que la academia esté a tono con la tradición científico-filosófica, con los más recientes desarrollos de los campos profesionales y disciplinarios, con los logros tecnológicos, con las diferentes expresiones de la cultura; sin embargo sería incorrecto que, la formación de

todos los universitarios, -nótese que, tal como vienes insistiendo, no podríamos decir únicamente la formación de los estudiantes.<sup>(12)</sup> fuera apenas un asunto de entrenamiento instrumental, de habilitación operativa, de enciclopedismo, de ilustración en lo contemporáneo, posibilidades ahora más que nunca facilitadas por los sistemas de intercambio de información y por aproximaciones interdisciplinarias cada vez más fuertes e indispensables a todo tipo de problemas. Todo lo anterior está muy bien y es fundamental propiciarlo con rigor, de manera sistemática y continua. Supongamos que actuando así lográramos fortalecer una academia capaz de responder a demandas de sectores mayoritarios de la sociedad, que afianzáramos mejores competencias profesionales. Entonces tendríamos más oportunas y mejores cirugías, más asistencia preventiva, las viviendas y las obras civiles podrían ser más funcionales, más económicas y confiables; tal vez mejoraría la productividad porque el sistema sería más eficiente y eficaz; la cobertura y la calidad de la educación quizá avanzarían; y así podríamos seguir enumerando posibles mejoras en la calidad de la educación superior, aunque sólo por recurso metodológico pudiéramos hacer abstracciones de determinantes estructurales y culturales que retardan o imposibilitan logros del trabajo universitario<sup>(13)</sup>. ¿Podríamos acaso inferir que por todo ese mejoramiento la universidad colombiana de hoy estaría contribuyendo eficaz y oportunamente a solucionar la crisis por la cual esta atravesando el país? Desde luego que si está contribuyendo, pero éste no sería su aporte fundamental. Tendría que ser otro, porque de la manera como se está actuando, aún en casos honrosamente destacables, ni el país ni la propia universidad se consolidan. Urgente es favorecer otras lecturas de la realidad y otras acciones de mayor fondo.

### **Elio Fabio Gutiérrez:**

¿Por qué los aportes que has referido no son los fundamentales de la universidad colombiana de hoy? ¿Acaso la crisis generalizada del país no radica en el hecho de que existen problemas concretos de la vida en sociedad? ¿No es nuestra crisis generalizada una contundente expresión del hambre, de la falta de trabajo, de la carencia de vivienda y de servicios básicos, de la irracional subsistencia de típicas enfermedades de la miseria? ¿No crees que los sectores mayoritarios de la sociedad han encontrado signos visibles y confiables de que las exclusiones de diverso tipo a las que hoy están sometidos, se están superando con su ingreso a la universidad, con la ampliación de cobertura y con el ofrecimiento de nuevas carreras y servicios?

### **Diana Lago:**

Todo eso es absolutamente cierto. Es pertinente y tendría que potenciarse. Sin embargo tendríamos que convenir urgentemente varias cosas: la primera, que tenemos que comprometernos todos a reconocer y superar un notable rezago histórico, un pesadísimo lastre. No bastaría decir: mañana seremos como Alemania, Japón o Suecia, porque, contra toda legítima aspiración, mañana seguiremos siendo Colombia, con sus mismos antecedentes, y desde luego, con renovadas perspectivas. Los cam-



bios sólomente son visibles entre generaciones. Tenemos que desear comprometernos en avanzar de manera sostenida. La principal dimensión del problema democrático, nuestro problema fundamental, es que entre todos tenemos que hallar caminos viables para que decorosa y ecuánimemente todos quepamos en una misma patria. Esto tiene que aprenderse en todos los espacios sociales, pero tiene que aprenderse oportuna y sólidamente en la universidad<sup>(14)</sup>. Lo segundo a considerar es que no podemos decir eliminémonos unos a otros, lo más que podamos, para que después sólo aquellos que subsistan, se comprometan con la superación de la crisis generalizada de hoy. Tampoco podría decirse, primero superemos todas las limitaciones objetivas y después determinemos quien por mérito alguno tendría derecho a disfrutar de una posterior vida de calidad, de una futura existencia con el decoro de lo humano. Habrían muchas otras cosas más que tendríamos que evitar; tal vez la más inconveniente de todas, la actitud de seguir pensando que esto no lo arregla nadie, que ya no hay nada que hacer, que esperemos a ver qué pasa. Muchos de nosotros parecemos haber perdido toda esperanza, nuestra dura e inocultable realidad y ciertas tendencias abstractas y asépticas de la enseñanza superior parecerían habernos inhabilitado para todo tipo de sueños, para cualquier utopía. Recuperar la esperanza y el sentido de compromiso, debe ser una cruzada de todos los colombianos, de todos los universitarios en particular. Pero antes de soñar: qué comer, dónde habitar, en qué trabajar, nuestro mayor sueño, nuestra más alta utopía, tendría que ser la vida misma. El asunto es muy grave: pareciéramos estar legitimando con silencios e indiferencias nuestros, diversas formas de violencia; hemos perdido la capacidad de asombro ante tanta barbarie. Necesitamos conmovernos.

### **Elio Fabio Gutiérrez:**

Esa propuesta suena bonito y es esperanzadora, la hemos rumiado en muchas horas de angustiantes reflexiones. Pero, hay momentos en los que la hemos sentido demasiado idealista, romántica; recuerda nada más, algunas racionalidades, lógicas y urgencias que hemos advertido en la propuesta de replantear las finalidades y prioridades de la universidad colombiana:

- Cada vez hay más escasas oportunidades de ingreso a la educación postsecundaria, lo cual impide no sólo promover la verdadera vocación sino también permanecer en aquella un tiempo razonable para que inspirados en propósitos formativos superemos inmediateismos y pretensiones instrumentalistas. Los jóvenes luchan por entrar a la carrera que sea y por salir rápido de ella.
- Altos costos de formación, débiles políticas de financiamiento de la educación pública y oferta de programas por parte de ciertas instituciones con escasa pertinencia y calidad que prosperan por la laxitud estatal.
- Pocas oportunidades de participar en el mercado laboral, notable desempleo profesional y apremiantes necesidades económicas de las familias; todo lo cual refuerza

la racionalidad técnica, tanto en lo que tiene que ver con el mundo del trabajo como en lo que atañe a sus implicaciones ideológicas y políticas. Competencias prácticas son reclamadas a voces.

- Vertiginoso desarrollo del conocimiento, de la capacidad científico-tecnológica y de los medios para el intercambio de información, factores que compulsan tanto al currículo como a las prácticas pedagógicas universitarias al sentido práctico, a criterios de selectividad en lo que debe ser enseñado.
- Transformaciones en las maneras de hacer investigación, en la constitución de prácticas profesionales, en desarrollos de los campos específicos del conocimiento, todo lo anterior tendiendo hacia la interdisciplina que supone a la vez creciente especialización; en este contexto, lo axiológico día a día encuentra terrenos menos fértiles para su implantación; se requería de profesores universitarios de sólida formación y claro sentido de compromiso para que encontraran espacios y estrategias para promoverlo.
- Culturas de trabajo académico en los cuales predominan las inercias.
- Escasa tradición académica, investigativa y formativa, reflejada en ausencia de auténticos debates y en predominio de sistemas directivos que no siempre se sustentan en comprensiones profundas sobre lo universitario y en competencias que hagan posible el liderazgo.

Honestamente, han abundado las ocasiones en que tu y yo sentimos que no es el momento para grandes sueños sino para acciones concretas y oportunas.

### **Diana Lago:**

No podemos desesperarnos, ya que la elección entre sueños o acciones nos remite a una falsa disyuntiva. Hay que soñar mientras actuamos y es preciso que al actuar soñemos. ¿O es que acaso necesariamente tenemos que condenar el idealismo, el romanticismo, cuando precisamente son éstos los que nutren el principal sueño de un ser humano: la vida misma?. Reconozcamos que no. Desde luego no podríamos limitarnos a simples ensoñaciones como actitudes extemporáneamente contemplativas. Para nuestro país es urgente ahora armonizar con solidez la relación de los académicos, los científicos, los intelectuales, los artistas, en fin todos los pensadores con la cultura en sus más diversas expresiones y procedencias, la relación de todos ellos con el desarrollo científico-tecnológico, con las demandas prioritarias de la sociedad, con las aspiraciones de los jóvenes, con el fortalecimiento de competencias profesionales fundamentalmente para el trabajo, no tanto para el empleo. Pero, claro, el asunto es de prioridad; reiteremos: en nuestro país estamos llegando ya a puntos límites en el que la mayor prioridad tiene que ser la conservación de la vida, la garantía de una vida de calidad, cuyo mínimo nivel tiene que ser, valga la insistencia,



el decoro de lo humano. Los obstáculos que has señalado antes son objetivos. Pero tenemos que caer en cuenta de que nuestra propuesta no está pensada para ignorar o para reforzar lo existente, sobre todo lo negativamente existente, sino para transformarlo. En las recientes conversaciones de paz alguien afirmó que hace algunas décadas ésta nos hubiera resultado a todos significativamente más barata que hoy. Pareciera no faltarle razón. Desde esta misma lógica, por qué no pensar que una universidad como la que proponemos, en la cual los egresados, antes que operarios sean ciudadanos competentes para construir prácticas profesionales con renovados sentidos y posibilidades sociales, para navegar en la cultura, pudiera resultarnos a todos no sólo más pertinente, sino incluso, más barata que la ineficiente universidad que hoy predomina entre nosotros.

### Elio Fabio Gutiérrez:

Podría serlo. Pero resultaría indispensable, desde luego, que puntualizáramos aún más el sentido y el alcance de nuestra propuesta. Primero, tendríamos que señalar que para el país y las familias es más económico y promisorio promover, como ya en algunos casos se está intentando con acierto, mentalidades emprendedoras, gestoras de opciones de trabajo, que continuar produciendo en serie aspirantes a los escasos puestos de empleo hoy disponibles. Aún en términos de simple reintegro de inversión, resulta mejor que la formación universitaria fortalezca el afianzamiento de procesos superiores del conocimiento, de altas competencias para el verdadero pensar<sup>15</sup>. Un profesional así formado, quizá en el corto plazo, pudiera presentar limitaciones operativas específicas; pero varios estudios han demostrado que en el mediano y largo plazo, por su creatividad y auto-estima, por sus valores para relacionarse con otros y con la cultura, por su capacidad de aprender de situaciones nuevas, de resolver conflictos, estos profesionales resultan más productivos y más pertinentes. Los nuevos profesionales así formados, en lugar de adaptarse a prácticas profesionales dominantes o decadentes, contribuirían a que emerjan nuevos sentidos para su práctica, a que se fueran constituyendo nuevas prácticas. Es evidente que en nuestro futuro cercano los campos profesionales y disciplinarios tendrán fronteras mucho menos determinadas, se relacionarán mediante amplias zonas de confluencia. Pronto, ningún profesional tendrá éxito actuando como lo hace hoy y menos actuando individualmente. La salud, las comunicaciones, el sistema productivo nos están evidenciando nuevas demandas. Parecería esto claro: un profesional capaz de construir desde su quehacer el sentido de su práctica. Lo que no parece claro es por qué hablamos de un ciudadano navegando en la cultura. Cómo se articulan esas tres cosas a que hacemos alusión en nuestra propuesta: ciudadano que navegando en la cultura constituya un nuevo sentido para las prácticas profesionales. Aquí hay tres problemas por resolver, el de la ciudadanía, el de la navegación en la cultura y el de la potenciación e inserción en renovadas prácticas profesionales.

### Diana Lago:

Volvamos un tanto atrás a riesgo de ser reiterativos. Nuestra mayor utopía tendría que ser la convivencia democrática, el pleno y auténtico ejercicio de la ciudadanía. Esto significa soñar en que es posible convivir pacíficamente con otros en la sociedad y en la universidad sin que nadie sienta amenazas por su vida, por su futuro, por su proyecto existencial. Pero vivir como auténticos ciudadanos supone múltiples responsabilidades, la mayor de ellas la responsabilidad por el bienestar de nosotros mismos y de quienes dependen de nosotros, niños y ancianos. Entonces, es necesario construir y promover un proyecto existencial, y a la vez, producir lo suficiente para vivir bien, decorosamente, producir lo suficientes bienes materiales y culturales para que otros también puedan vivir decorosamente. ¿Cómo hacerlo? El trabajo humano es la mejor forma de lograrlo. Digamos entonces que la universidad tendría que potenciar de nuevo el trabajo humano con el mismo sentido que se ha valorado la cultura como el aprovechamiento social de la inteligencia humana. La universidad colombiana en gran parte a perdido esa perspectiva. Por múltiples presiones, inmediateces y comodidades se ha plegado a las exiguas exigencias del empleo<sup>(16)</sup>. En la medida en que nos comprometamos todos y cada vez más a fondo con potenciar el trabajo humano, nos daremos cuenta de que no es posible lograrlo si no tenemos un contacto directo con nuestra realidad. Los laboratorios, las bibliotecas, las redes de información, los campos de práctica, son todos medios fundamentales para que la universidad cumpla sus funciones básicas; sin embargo, ninguno de ellos son la realidad misma. Cuando la teoría es seria y sólida contribuye pero sólo en su contacto con la realidad, a comprenderla, a explicarla, a reimaginarla o a transformarla. Así la teoría se va consolidando, recreando, asumiendo dosis de identidad cultural que le son necesarias. Es cierto que no todo aprendizaje en la universidad es posible en un contacto directo con la realidad y por eso la metodología lleva inherente un alto componente de artificio que resulta inevitable. Pero no por esto podemos caer en el extremo de pretender que los referentes teórico-metodológicos se limiten al campo de la lógica formal, que reemplacen o suplanten a la realidad. Es frecuente que en la universidad nos aislemos de la realidad y creamos erróneamente que la formación puede ser reducida a un simple asunto de fundamentación en modelos hipotéticos que se solazan más de lo aconsejable en imaginar sobre cómo actuar frente a los procesos, hechos, coyunturas y problemas de la cotidianidad, en lugar de procurar enfrentarlos aún desde los propios límites de la academia. Sin que la universidad suplante a otros organismos sociales y estatales en la atención y resolución de problemas fundamentales como la salud, la producción, la educación, o la infraestructura, es preciso que apoye los procesos formativos en un contacto directo con la realidad. Sea oportuna esta aclaración: no se trata de que en los procesos formativos tengamos que elegir entre una fundamentación profunda y rigurosa que válidamente pudiera intentarse en una universidad asumida como urna de cristal y una práctica social desgastada en el empirismo, carente de fundamentación y simplemente enfocada a resolver ausencias del Estado y de la sociedad que a la postre resultan ilimitadas. Más bien de lo que se trataría es de la necesaria armonización entre fundamentación teórico-metodológica



interdisciplinaria, consistente y rigurosa y acción en la sociedad con límites, responsabilidades y pertinencias razonable y claramente establecidas. Cuando la universidad entiende así su tarea formativa hace posible que sus egresados en vez de fosilizarse en prácticas profesionales dominantes o decadentes, abran oportunidades de trabajo, que no solamente resuelven necesidades legítimas de los egresados sino que ayudan a configurar nuevos sentidos para las prácticas, nuevas prácticas profesionales. En un país como el nuestro abundante en problemas y sinrazones, un profesional así formado podría tener mejores aportes para el desarrollo nacional.

### Elio Fabio Gutiérrez:

Nuestra propuesta postula además la conveniencia de que todos los universitarios desarrollemos competencias para navegar en la cultura. Una buena acepción de este concepto es la que lo refiere como el aprovechamiento social de la inteligencia humana. ¿Qué implicaciones para el trabajo de los universitarios y para los procesos formativos tiene esta visión?

### Diana Lago:

Esto implica varias cosas:

- Reconocer que la cultura se expresa en muy diversas formas que en esencia son correlativas: el arte, la religión, la técnica, la filosofía, la ciencia, la tecnología, los saberes tradicionales y populares. Ninguna de estas expresiones es completamente aséptica pues porta históricamente rastros de lo humano y de lo contextual; ninguna de estas expresiones es cualitativamente superior a otra o capaz de dar cuenta por sí misma de la realidad; las instituciones, los grupos humanos, las regiones, los países, generan y ameritan visiones culturales que en interacción con lo universal se recrean y lo recrean, sufren e intentan hegemonías reflejo de intereses de diverso tipo ligados a lógicas del poder. Entonces, ni por el ámbito de su acción ni por sus contenidos u orígenes podría legitimarse la hegemonía de cultura alguna. Se hace así indispensable promover distintas confluencias y diferenciaciones, pero sobre todo se hace urgente favorecer visiones holísticas y de consenso. La cultura en tal sentido universaliza y al mismo tiempo relativiza los campos profesionales y disciplinarios, la construcción social de sentidos, la interpretación y la transformación de la realidad.
- Los fenómenos de globalización tanto como los desarrollo tecnológicos y los cambios paradigmáticos, al tiempo que posibilitan y exigen visiones de conjunto para cualquier acción, para cualquier problema o proyecto, también hacen posible el fortalecimiento de identidades particulares que en su interacción conforman lo universal.

Navegar en la cultura implica, entonces, reconocer y potenciar cada una de las premisas

antes enunciadas.

### Elio Fabio Gutiérrez:

¿Un diálogo en el tiempo, en la vivencia formativa, un diálogo de imaginarios, intereses y esfuerzos?

### Diana Lago:

¡Un diálogo comprometido con llegar a ser auténtico! Una permanente búsqueda.

### Notas

- (1) 50 CONGRESO DE AMERICANISTAS. VARSOVIA, 9 AL 15 DE JULIO DE 2000. SIMPOSIO: UNIVERSIDAD DE LAS AMÉRICAS. BALANCE Y PERSPECTIVAS.
- (2) LE MOYNE, Augusto. *Viaje y estancia en la Nueva Granada*. Bogotá: Ediciones Guadalupe, 1969, p. 13.
- (3) CASSIRER, Ernest. *Antropología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 45-49.
- (4) Por ejemplo, en la constitución del Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología y en las convocatorias de los Programas Nacionales y las Comisiones Regionales para proyectos de investigación, el análisis de nuestra idiosincrasia, de la actual crisis generalizada del país, de sus fenómenos de violencia, son temas incomprensiblemente ausentes. Los propios estudios de carácter histórico reciben tratamientos escandalosamente discriminatorios frente a temas como la biodiversidad, la productividad económica, la innovación tecnológica o la salud, por ejemplo. Ver, Departamento Nacional de Planeación, Ciencia y Tecnología, Indicadores nacionales de inversión 1993-1996. Santafé de Bogotá: Imprenta Panamericana, 1997.
- (5) SANDOVAL P. Rodrigo. *Escuela y modernidad en Colombia: La universidad*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1996; también, GÓMEZ BUENDÍA, Hernando, et al., *Educación, La Agenda del Siglo XXI, hacia un desarrollo humano*. Santafé de Bogotá: PNUD-TME, 1998, p. 315-341.
- (6) Un riguroso estudio de las estrategias didácticas y los sistemas evaluativos predominantes en la Universidad podría revelar insospechadas influencias que desembocan en la no observancia de derechos humanos fundamentales, por ejemplo.
- (7) CHILD, Jorge, et al., *Rompiendo la corriente, un debate al neoliberalismo*. Santafé de Bogotá: Editorial Colombia Nueva, 1992.
- (8) Que por ejemplo, tanto peso específico conceden a la cobertura sin garantía previa de calidad o que reducen el trabajo universitario a la docencia en su intento de financiar simplemente la demanda, suponiendo que apenas consideráramos el plano económico-financiero de dichas políticas y no sus implicaciones sociales e ideológicas.
- (9) GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. "Discurso pronunciado en la recepción del Premio Nobel de Literatura".
- (10) Desde los inicios de República hasta hoy, con el publicitado, pero no por ello suficientemente claro, "Plan Colombia" son numerosos los estudios sobre nuestras potencialidades. A manera de ilustración podrían citarse algunos clásicos tales como: SAMPER, José María. "Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada", reeditado por el Banco de la República, s/f; GOSSELMAN, Carl A.. "Viajes por Colombia 1825 y 1826", Impreso en P.E. Winge, en 1828, publicado por el Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, Bogotá, 1981; GOSSELMAN, Carl A., "Informes sobre los Estados Suramericanos en los años de 1837 y 1838". Estocolmo, Suecia:



- Biblioteca e Instituto de Estudios Iberoamericanos de la Escuela de Ciencias Económicas, 1962.
- (11) MATURANA, Humberto y NISIS de R, Simma. **Formación humana y capacitación**. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1998; también, PÉREZ E. Antonio, et. al. **En torno a la universidad**. Maracaibo (Ven): Ars Gráfica, 1995.
  - (12) GUTIÉRREZ R. Elio Fabio. **Referentes para afianzar políticas y procesos curriculares en la Universidad del Cauca**. Popayán: Unicauca, 1999.
  - (13) KENT, S. Rollin (compilador). **Los temas críticos de la educación superior en América Latina. Estudios comparativos**. México: Fondo de la Cultura, 1996.
  - (14) MATURANA, Humberto. **Educación y universidad en el sentido de lo humano**. Santiago de Chile: Dolmen Ediciones, 1996, pp. 203-222.
  - (15) BETANCOURT M, G. et al. **Educación sin aulas, Reflexiones de trece expertos internacionales**. Santafé de Bogotá: ICFES, 1998.
  - (16) Este es el sesgo limitante de los denominados perfiles ocupacionales y profesionales en el diseño curricular.

FILOSOFIA Y LITERATURA